

aprehendido. Al tener noticia de su prision, los amigos de Noriega volvieron á instar á éste á que huyera inmediatamente de la ciudad ó, por lo menos, que se ocultase, para lo cual le proporcionaban los medios necesarios; pero no quiso aprovechar los consejos que le daban, y pronto se vió reducido á prision. El mozo Gregorio, al ser aprehendido, fué conducido á Irapuato en donde Iturbide tenia establecido su cuartel general. Acontecian estos hechos á principio de 1815. Para obligarle á que confesase las relaciones que tenia con los jefes independientes, se le aplicaron severos castigos; pero no se le pudo sacar la menor palabra, creciendo su firmeza en callar, á medida que se aumentaba la pena. En el careo que en seguida se verificó entre el fiel mozo y Noriega, todo quedó aclarado y patente. Sentenciados en consecuencia á la pena capital, ambos se dispusieron cristianamente á la muerte. Recibidos los auxilios espirituales, fueron conducidos de la prision á la plazuela de San Fernando, donde fueron fusilados. La cabeza de D. José María Noriega fué colocada en la calzada de la entrada principal de Guanajuato, con una inscripcion debajo de ella, alusiva á la cooperacion y relaciones que habia mantenido con los independientes.

1815. Con la muerte de los dos individuos mencionados, los jefes independientes que operaban por la provincia de Guanajuato, recibian muy pocas noticias de la capital de ella, que lleva el mismo nombre; pero no por eso abandonaban el proyecto de atacarla en el momento que se presentase una ocasion oportuna. Entre los guerrilleros que habian alcanzado fama de empre-

dedores y valientes, se contaba Santos Aguirre. Activo y osado, habia reunido partidas muy numerosas con las cuales ocupaba los pueblos de Rincon de Leon, y amagaba con frecuencia la importante villa de este último nombre á la vez que los puntos inmediatos á ella. Aprovechando un período en que D. Agustin de Iturbide, de vuelta de su expedicion al pueblo de Ario en que fracasó su intento de aprehender al congreso, tenia ocupadas sus fuerzas en diversos puntos, Santos Aguirre, reuniéndose en el rancho de la Tlachiquera con D. Miguel Borja y otros guerrilleros que mandaban gruesas partidas, proyectó un ataque á la ciudad de Guanajuato. De acuerdo todos en el plan, se dirigieron el 24 de Agosto por los cerros inmediatos á la poblacion que se proponian sorprender. Caminando con la mayor precaucion para que la tropa realista que guarnecia la ciudad ignorase el movimiento emprendido, llegaron ya de noche al sitio desde donde debian lanzarse de repente sobre los puntos ocupados por los contrarios. Dispuesta la gente, asaltaron de improviso en la madrugada del 25, los tres minerales llamados Valenciana, Mellado y el Marfil que eran, por decirlo así, los puntos avanzados de la poblacion, y en los cuales habia compañías de realistas, formadas de los mismos vecinos. El Mellado y Valenciana fueron ocupados fácilmente; pero no sucedió lo mismo con el Marfil. Estaba de comandante de este rico mineral D. Francisco Venegas, vecino del mismo lugar y dueño de una de las haciendas de beneficiar metales que allí habia. La fuerza que tenia era una compañía de dragones, formada de los vecinos, y de la cual era capitan D. Francisco Fischer,

uno de los mineros alemanes enviados por el gobierno español á Nueva-España para perfeccionar el arte de la minería. Los realistas, á pesar de verse acometidos de repente, opusieron una tenaz resistencia; pero habiendo caído muerto de un balazo el comandante D. Francisco Venegas y poco despues el capitan Fischer con otro número considerable de soldados, los pocos que quedaban vivos emprendieron la fuga. Santos Aguirre entró entonces con su gente en el Marfil, y siguiendo á los fugitivos penetró á Guanajuato defendida por una corta guarnicion de tropa de línea. Aunque los independientes hicieron notables esfuerzos para apoderarse de la ciudad, se vieron rechazados, y tuvieron que desistir de su intento. Dejan-

do pues el ataque de la capital de la provin-
 1815. do
 Enero á cia, saquearon las poblaciones de Marfil, Me-
 Junio. llado y Valenciana, cortaron la cabeza al cadáver del comandante realista D. Francisco Venegas que habia quedado tendido en el primero de aquellos minerales, y colocándola en el remate de un largo palo, la llevaron en triunfo al alejarse (1), incendiando, cuando emprendieron tranquilamente la retirada, uno de los tiros de la famosa mina de Valenciana llamado San Antonio (2).

Entre los independientes que dieron el asalto al lugar llamado el Marfil se hallaba D. Juan Sein, jóven perteneciente á una de las familias notables de Guanajuato. Habia sido oficial de uno de los cuerpos realistas levanta-

(1) Don José María Liceaga: Adiciones y Rectificaciones, pág. 262.

(2) Se llaman tiros en las minas, los pozos perpendiculares ó inclinados por donde se sacan los metales y el agua por medio de máquinas.

dos en la ciudad; pero juzgando despues que la independencia podria dar brillantes resultados al país, abrazó las banderas de los que combatian por la emancipacion de la patria. Tomado el Marfil, se separó de sus compañeros, con el objeto de ir á ver una hacienda de beneficio situada en aquel rumbo, llamada Barrera de Enmedio, en la que era interesado. Al volver de ella para reunirse con los suyos, viendo éstos que salia de cerca de la ciudad un hombre, que en la oscuridad que reinaba no pudieron conocer, y creyeron que era algun realista, le tiraron un balazo del que cayó mortalmente herido. Al acercarse entonces para ver quién era, tuvieron el sentimiento de cerciorarse de que era un compañero de armas, y aunque le recogieron y llevaron con el mayor cuidado, falleció á los pocos instantes.

Se echó la culpa de los males sufridos por las poblaciones saqueadas en el ataque dado á Guanajuato, á Don Agustin de Iturbide por haber tenido ocupada su tropa en otras expediciones; pero él procuró vindicarse haciendo que llegasen á manos del virey varios informes que envió. Calleja, no obstante las razones alegadas por Iturbide y el aprecio que le tenia, desaprobó en esta ocasion su conducta. La rica provincia de Guanajuato, cuyas abundantes minas de plata y sus bien cultivadas campiñas habian proporcionado á sus habitantes la abundancia y el bienestar antes de que la lucha ensangrentase sus valles y montañas, caminaba de una manera rápida á su aniquilamiento. La dificultad que habia para las comunicaciones con Méjico y otras ciudades, habia hecho que subiesen á un precio fabuloso todos los artículos que eran

precisos para beneficiar los metales: la carga de sal que se llevaba de Colima, y que antes de esa completa interrupcion de comunicaciones, no costaba mas que doce duros, se vendia en la época en que nos encontramos los acontecimientos que refiero, á ciento cuarenta duros. En relacion con el precio de la sal estaban todos los demás artículos, resultando de aquí la ruina de las familias. Ni era posible que los efectos pudiesen venderse á precio menos subido, cuando estaba mandado que no pudiesen ser llevados sino en convoyes, que eran materia de especulacion para los comandantes, confiscando todo lo que se enviaba de otra manera, como sucedió con los efectos que conducian algunos arrieros á quienes Iturbide encontró en el camino á su vuelta de la expedicion de Ario, á los cuales confiscó lo que llevaban (1). Los independientes, por su parte, á fin de quitar los recursos á las guarniciones realistas establecidas en las principales poblaciones, reducían á cenizas las haciendas inmediatas á ellas juntamente con las semillas guardadas en los graneros; destruian las sementeras y abrasaban hasta el pasto de los campos para que así no pudiese el enemigo mantener sus caballos.

No guardaba mejor estado que la provincia de Guanajuato, la de Michoacan y todo su obispado. Comprendia cincuenta diezmatarios: de estos, treinta y siete estaban

(1) Véase el diario de Iturbide de su regreso á Irapuato. Los arrieros de que arriba hago mencion, conducian piloncillos de dulce y petates, que son las esteras de aquel país. El piloncillo se repartió á los soldados, los petates se destinaron á los hospitales, y las mulas en que se conducía la carga, se confiscaron para gastos de la guerra.

en poder de las fuerzas independientes, y de los productos de las trece restantes se aprovechaban los realistas; así es que la ciudad de Valladolid que casi no subsistia sino de las rentas eclesiásticas, se encontraba en la miseria, muerto su comercio, y sujeta además al pago de excesivas contribuciones y á frecuentes préstamos forzosos, uno entre ellos de cuarenta mil duros, que para mantener las tropas de la guarnicion exigia el comandante.

1815. Los pueblos, agobiados así por uno y otro
Enero á partido, caminaban rápidamente á su ruina,
Junio. y millares de familias, pocos años antes nadando en la abundancia, se encontraban en la miseria y en el llanto.

En esas angustiosas circunstancias en que se encontraban las dos ricas provincias de Guanajuato y Michoacan, confirió el virey el mando de ellas y del ejército del Norte, el 1.º de Setiembre, al coronel D. Agustin de Iturbide, por haber sido el brigadier Llano nombrado intendente de Puebla por el rey. Por segundo se le dió á Iturbide, para la provincia de Guanajuato, á Orrantia, y se dió orden de que la division de las provincias internas que se componia de cuatrocientos hombres y operaba en la de San Luis Potosí á las órdenes de Elosúa, pasase á la de Guanajuato para guarnecer los puntos del Norte de ésta que ocupaba Orrantia, pues no eran ya necesarias en donde habian estado, por haber desaparecido de él las guerrillas.

El virey Calleja en las instrucciones que le dió á Iturbide al conferirle el mando de las dos provincias, le recomendó que no perdiese de vista á Cóporo y los proyectos de D. Ignacio y D. Ramon Rayon; que dejase en

Marabatio á D. Matías de Aguirre con tropa suficiente para que pudiese expedicionar de acuerdo con los comandantes inmediatos, por las inmediaciones de la fuerte posicion enemiga, impidiendo que entrase en ella absolutamente nada; y que destruyese los fuertes de Chimalpa y Zacapo, en cuyo primer punto se habian vuelto á situar los independientes en el momento que Iturbide se alejó de Ario. Se le ordenaba para esto, que formase dos divisiones, á la cabeza de la una de las cuales se pondría él mismo, dando el mando de la otra al italiano Chaverino, dejando para mas adelante la ejecucion del plan de batir al P. Torres y á otras partidas independientes de las márgenes del Rio Grande, segun tenia combinado con el general Cruz. El cuartel general lo debia establecer Iturbide en el valle de Santiago. Habiendo quedado con esto indefenso el pueblo de Marabatio, los independientes se dirigieron á él, y entrando en la poblacion dieron muerte al subdelegado que quedó en ella, y que habia sido nombrado poco tiempo hacia.

Ningun suceso importante digno de mencionarse, aconteció en las demás provincias del interior. Las diversas secciones del ejército de Nueva-Galicia operaban con incesante actividad, y D. Hermenegildo Revuelta (e), comandante de Lagos, perseguia sin descanso al jefe independiente D. Pedro Moreno, que habia sido regidor de aquella villa, quien ocupando los cerros de Comanja, invadia en momentos, para él favorables, las poblaciones de la provincia de Guanajuato ó las de Zacatecas, segun se le presentaba la ocasion propicia para obrar. En la provincia de Zacatecas, el capitán realista D. José Brilan-

ti (e) cumpliendo las disposiciones del comandante, brigadier D. Diego García Conde, perseguia activamente á Rosales; y por el rumbo de Colotlán el cura Alvarez, ardiente partidario realista, nombrado canónigo de Durango por el monarca, en pago de sus servicios, conservándole el empleo de teniente coronel, contenia las excursiones de Hermosillo. En la provincia de San Luis casi habia cesado del todo la revolucion, excepto en sus confines con las de Guanajuato y Zacatecas, así como por el lado de Rioverde, en donde al abrigo de la Sierra Gorda y montañas de Sichú, en comunicacion con la Huasteca, pudo sostenerse por largo tiempo.

1815. Las fuerzas independientes habian sufrido, Enero á como hemos visto, terribles descalabros en Junio el período de año y medio, que acaso no los hubieran experimentado, si olvidando las discordias suscitadas entre sus jefes, se hubiesen unido para obrar de concierto y bajo un sistema regularizado. De creerse es que á haber caminado como correspondia á los intereses de la causa que defendian, las armas realistas no hubieran podido hacer los progresos que les proporcionó la desunion de sus contrarios, sino que hubieran recibido golpes de consideracion. Pero á pesar de los descalabros sufridos, la revolucion no cedia de su empeño, y á la destruccion de una guerrilla, sucedia la formacion de otra y otra. Esa misma falta de todo sistema que los jefes de partidas seguian, hizo como llegó á decir en 1825 en una manifestacion D. Manuel Mier y Terán, en el lenguaje de quien habia combatido lealmente como él por la causa de la independencia, que la insurreccion «se estableciese por los

esfuerzos particulares de algunos jefes, entregados á sí mismos y sin superior alguno que los condujese. Así fué que desde las desgracias sucedidas en Valladolid y Puruarán, la revolucion mudó de naturaleza: hasta allí habia sido conducida con actividad por los medios de la guerra ofensiva, de los que no están seguramente excluidos los arbitrios prudentes y necesarios de establecer buenos puestos ó plazas, que en siendo bien elegidos y proporcionados á las fuerzas que se tienen, se estiman por indispensables para mantener con vigor la guerra de operacion. Este recurso se echará de menos en aquel primer tiempo de campaña viva si se atiende á que las tropas batidas á principios de 1814 en los lugares expresados, no tuvieron puntos de asilo preparados de ningun modo para evitar su total ruina, hasta que la prevision de muchos jefes, obrando por sí y particularmente, ocurrió á esta falta, buscando el apoyo que presta la naturaleza en los montes y sitios mas fragosos: al abrigo de estos, se rehicieron las fuerzas de los patriotas, se fortificó cada uno como pudo, y resultaron una multitud de puestos fuertes, que aunque establecidos sin otro sistema que el que inspira prontamente la necesidad, prestaron muy luego al enemigo dificultades, para las que no estaba prevenido. Por este modo de obrar se vió, que casi no hubo punto de estos que en el mismo año de 1814 y de 1815 no sufriese un ataque, con el buen éxito de rechazar siempre al enemigo, y de que los patriotas se recobrarán del desaliento causado por las derrotas de Valladolid y Puruarán, y aunque esto fué á costa de las ventajas que debian sacar de la union y de sistema de

guerra que les convenia, pues desde este tiempo no se han visto operar juntos ni dos mil hombres, estando todos de guarnicion en los puntos fortificados, sin mas arbitrios para su propia defensa que los que se habian proporcionado aisladamente,» la revolucion se sostuvo aun por largo tiempo no obstante los reveses que, como veremos, siguió sufriendo á fines del año 1815.

Y es que en medio de la rivalidad y de la desunion entre algunos jefes independientes, habia en los principales caudillos, verdadero amor á la causa de la independencia que habian abrazado, lamentando, no pocos de ellos, las discordias suscitadas, y en las cuales no llegaron á mezclarse, sino para ver si podian restablecer entre sus compañeros de armas la armonía y la fraternidad, que constituyen la fuerza de las naciones y de los ejércitos.

1815. A la sombra de esa union, cuando la fortuna se complacia en corresponder á los esfuerzos de Morelos: cuando este notable campeón de la independencia tenia á su lado para ejecutar sus acertadas disposiciones al honrado y valiente coronel Trujano, al intrépido y leal D. Hermenegildo Galiana, al organizador Matamoros, al humano y generoso D. Nicolás Bravo y á otros notables jefes, la revolucion se presentó imponente y noble. Los progresos que la causa de la independencia hizo entonces, causó verdadero temor al gobierno vi-reinal, y parte de lo que entonces conquistó la revolucion, era lo que le hacia fuerte aun, á pesar de haber venido la discordia á dividir á varios de sus caudillos.

En ese tiempo en que las operaciones estuvieron bajo

la direccion de Morelos, y los hombres principales de la insurreccion las respetaban y marchaban unidos, los independientes se enseñorearon de casi todo el territorio de las principales provincias, y todo hacia presagiar el triunfo de sus armas en un plazo no lejano. Por donde quiera que las tropas realistas tenian que pasar, se encontraban con tropas enemigas acertadamente distribuidas y bien organizadas que les disputaban el paso con teson, y que, no pocas veces alcanzaban la victoria. Desde Tuxpan hasta Veracruz y desde Orizaba á Jalapa llegaron á organizarse catorce divisiones, perfectamente armadas, teniendo á su frente valientes y patriotas jefes que obraban en combinacion y que habian establecido puntos de resistencia que las tropas realistas no pudieron destruir en muchos años. Esos jefes, unidos fraternalmente en los territorios citados en la época en que la estrella de la victoria alumbraba los pasos de Morelos, eran Rincon, Don Nicolás Bravo, Utrera, Bello, Alarcon, Moreno, Suzunaga y otros, muchos de los cuales, lejos de extorsionar á los pueblos, llegaron á conquistarse el afecto de ellos por la moderacion y virtudes que les adornaban.

Introducida la desunion desde que la fortuna se mostró contraria á Morelos, aun quedaban en pié los puntos militares levantados durante la época en que le sonrió la suerte, y ellos continuaban siendo los firmes baluartes de la revolucion.

En las demás provincias, cada jefe independiente trató de fortificar algun punto inexpugnable que le sirviese de apoyo, y los Rayones se mostraban imponentes en el fuerte cerro de Cóporo.

En cada uno de esos puntos de defensa, los independientes se preparaban á la lucha.

El empeño del virey Calleja era arrojarles de ellos, considerándolos como los principales obstáculos para el triunfo.

En los siguientes capitulos veremos el resultado de las disposiciones tomadas por uno y otro bando.
